

Era una ciudad en miniatura, encajonada dentro de la capital, cuyos rasgos de civilizacion revelaban los adelantos de la nacion entera en sus obras de arte, en sus seminarios, en su ornato, jardines, fuentes y buen orden, así como la aberracion de sus ideas religiosas en los instrumentos de muerte para los sacrificios, y en la elevada pirámide de cráneos, lúgubre página en el apreciable libro de la marcha del pueblo azteca por la senda de la civilizacion (1).

Los españoles, despues de haber recorrido los diversos edificios próximos al gran *teocalli*, volvieron á su cuartel, admirados de la grandeza de la ciudad, y profundamente conmovidos con la vista de los instrumentos de muerte que en los templos ocupaban un lugar preferente.

Hernan Cortés, dominado por sus ideas religiosas, meditaba en la manera de inclinar á Moctezuma al catolicismo, para evitar que se continuasen las hecatombes de victimas humanas.

La empresa era difícil.

Usar de la fuerza hubiera sido provocar una guerra, para la cual se hallaba en muy malas condiciones.

Cortés pensó tratar al siguiente dia con el padre Fray Bartolomé de Olmedo, lo que seria conveniente hacer sobre aquel delicado asunto; y habiendo pasado la tarde ocupado en el buen arreglo de lo concerniente al ejército, se entregó al reposo, poco despues de las primeras horas de la noche.

(1) En el tomo primero de esta obra desde la página 682 hasta la 685, he hablado de los edificios contenidos dentro del recinto en que estaba el gran templo.

### CAPÍTULO III

Cortés solicita de Moctezuma el permiso de convertir en capilla católica una de las salas del cuartel, y le es concedido.—Hallan el tesoro que guardaba Moctezuma de su padre Axayacatl.—Se vuelve á tapar la puerta por orden de Cortés, sin tocar ni una sola alhaja.—Palacios y casas de recreo de Moctezuma.—Rumores de un ataque contra los españoles.—Hostilidades de un gobernador azteca contra la guarnicion de Villa Rica.—Manda matar alevosamente á cuatro soldados castellanos que solicita vayan á su ciudad.—Muere en una accion el gobernador de la Villa Rica.—Critica posicion de Cortés.—Consulta con sus capitanes sobre el partido que se debe tomar para salir bien de la terrible situacion en que se hallan.—Se dividen las opiniones.—Cortés emite la suya y es admitida.—Se resuelve prender á Moctezuma en su propio palacio.

El primer cuidado de Hernan Cortés al siguiente dia de haber visitado el templo dedicado al dios de la guerra, fué tener una conferencia con el prudente misionero mercedario, relativa al asunto religioso. El padre Olmedo manifestó que no era conveniente por entonces insistir en solicitar de Moctezuma la cesion de un templo suyo

para el culto católico, y el general español acató la opinión del ministro del Señor.

Lo que ambos juzgaron conveniente y que no encontraría oposición en el monarca azteca, era solicitar que les permitiese convertir en capilla católica uno de los salones del palacio en que estaban alojados. Hasta entonces se había celebrado la misa improvisando un altar sobre una mesa; pero era preciso procurar lo más decoroso para el culto, y creyeron que la petición, á la vez que era justa, no podía ofender al monarca mejicano.

Cortés envió á su paje Orteguilla, á Gerónimo de Aguilar y á Marina, á solicitar la gracia en su nombre. Moctezuma, no encontrando en ello ofensa ninguna á sus dioses, y anhelando complacer al general castellano, no solamente accedió á la súplica, sino que envió las cosas necesarias para la formación del altar.

Cuando los soldados españoles miraban al rededor de la sala, con objeto de elegir el mejor punto para construir el altar, uno de ellos, llamado Alonso Yañez, que era carpintero, vió, en una de las paredes, una señal que indicaba haber estado allí una puerta. Era voz general que Moctezuma conservaba guardados los tesoros de su padre Axayacatl en aquel mismo palacio. La noticia había llegado á oídos de los castellanos como un rumor vulgar; pero á la vista de la señal descubierta, la idea de los tesoros escondidos se presentó verosímil á la imaginación de los soldados. Alonso Yañez fijó más la vista; y aunque la pared se hallaba perfectamente encalada y bruñida, se afirmó en que era una puerta oculta. Manifestada la sospecha á Hernán Cortés, se procedió, con mucho secreto,

á descubrir la verdad. Se quitó, con mucha curiosidad, el yeso que parecía cubrir la entrada, y, con efecto, se encontró que daba paso á otra pieza. Cortés fué el primero que penetró en ella acompañado de varios capitanes. Los rumores del vulgo basaban sobre la verdad. Allí se veían preciosas telas, ricos mosaicos de plumas; numerosas alhajas de las más raras y exquisitas formas; barras y planchas de oro y de plata, piedras preciosas y valiosas perlas.

El general español y sus capitanes quedaron sorprendidos ante el brillo de los preciosos metales. Los soldados entraron en seguida y participaron del asombro de sus oficiales. Bernal Díaz, que fué uno de los que contemplaron el tesoro, dice que, como «era jóven, quedó maravillado, creyendo que no podían existir riquezas iguales en todo el mundo» (1). La plata, el oro, las perlas y las piedras preciosas que allí miraban, constituían el tesoro privado de Moctezuma: las joyas heredadas de su conquistador padre Axayacatl, que el monarca azteca las tenía guardadas, sin tocarlas jamás.

Aunque los españoles se regocijaron con el encuentro inesperado de aquellas riquezas, un sentimiento de noble delicadeza y el deber prescrito por el honor y la conciencia les hizo mirar como sagrado aquel tesoro que no les pertenecía. Nadie se creyó con derecho para apoderarse ni del más insignificante objeto. Nadie llegó ni aun á co-

(1) «Y como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto que en el mundo no debiera haber otras tantas».—Bernal Díaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

ger en sus manos la joya de menor valía. Cortés mandó que inmediatamente se volviese á tapar la puerta de la manera misma con que habia estado, dejando todo en el órden que lo encontraron, y ordenando que no se dijese la menor palabra sobre aquel asunto.

La puerta se cubrió con las piedras que antes la cubrían, y el tesoro de Moctezuma volvió á quedar encerrado.

La obra para convertir la sala en capilla católica se empezó en el instante, y tres dias despues se encontraba terminada del todo. Una cruz y la imagen de la Virgen, con el Niño Jesús en brazos, se colocaron sobre el altar. Bajo su amparo y proteccion se habian puesto los españoles al acometer la atrevida empresa de penetrar en el vasto país, y á donde quiera que llegaban, era su primer cuidado rendirles el homenaje puro del alma. Diariamente celebraban misa Fray Bartolomé de Olmedo y el padre Diaz, asistiendo á ella, con devocion y recogimiento, el ejército castellano.

No era una devocion aparente, sino real y llena de fé. Desde Hernan Cortés hasta el último soldado obraban como sentian y procuraban no distraer su pensamiento, mirando como un deber de conciencia hacer apreciable su religion con el buen ejemplo. «Lo uno—dice Bernal Diaz—por lo que éramos obligados á cristianos y buena costumbre; y lo otro, porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesen y se inclinasen á ello.»

Al siguiente dia de haber estado en el gran *teocalli*, Cortés y sus compañeros se ocuparon en visitar el palacio de Moctezuma y los grandes edificios que tenia destina-

dos, uno á las fieras de toda especie que se conocian en aquella parte de la América, y el otro á la diversidad de aves que pueblan los árboles de sus espesos bosques. El edificio destinado á los últimos estaba adornado de bellísimos corredores, sostenidos por columnas de mármol, que daban á un delicioso jardin. Diez amplios estanques de agua dulce unos y de salada otros, rodeados de corpulentos árboles que formaban una verde bóveda, se veian cubiertos de millares de aves acuáticas de diversas especies, mientras en inmensas pajareras lucian su brillante plumaje los papagayos, los parlantes loros, los guacamayos, los diminutos colibrís, los rojos cardenales, las águilas y otro infinito número de curiosos pájaros que seria prolijo enumerar. Trescientas personas de ambos sexos estaban destinadas exclusivamente para el cuidado de las aves.

No era de menos lujo y capacidad el destinado á las fieras. Se hallaba situado en el sitio en que hasta hace pocos años se levantaba el convento de San Francisco, y que hoy ocupa una gran casa que hace esquina á la calle que lleva el mismo nombre del expresado convento y á la de Santa Brígida. La gente empleada en cuidarlas era igual en número á la encargada de las aves (1).

Todos los palacios de Moctezuma estaban con bellísimos jardines, baños, estanques y muchos patios.

El que habia habitado antes de construir el que en aquellos momentos habitaba, estaba situado enfrente del

(1) En el tomo primero, desde la página 706 hasta la 708, hablo detalladamente de estos edificios.

otro extremo de la plaza. Era un magnífico edificio que ocupaba toda la actual calle del Empedradillo, las de Plateros, la de Tacuba y de San José el Real.

Pero el notable, el palacio que llamaba la atención por su capacidad y belleza, era el que ocupaba á la llegada de los españoles. Allí se habia propuesto desplegar toda su grandeza y el lujo del servicio. Los españoles lo recorrieron varias veces; pero si maravillados quedaron de los grandes patios, estanques, baños, salones y espaciosa alcobas que contaba, mas aun quedaron de la profunda veneración con que los nobles y altos personajes se presentaban ante el monarca; del lujo desplegado por éste en el servicio de su persona, y del regalo y esplendidez ostentado en el servicio de su mesa. Comia solo, en una mesita baja que guardaba proporcion con el asiento que ocupaba, que era tambien bajo, aunque blando y rico. Trescientos platos, de los manjares mas delicados y sabrosos, se colocaban en el espacioso salon en que comia, para que eligiese aquellos que gustase. Faisanes, gallinas, perdices, patos, codornices, pichones, venado, conejos, liebres, variedad de pajaritos, peces de mar y de rio, frutas de todas las zonas, y cuanto, en fin, de exquisito habia en los numerosos señoríos sujetos á la corona de Méjico, formaban el banquete diario del soberano. Ni los manteles, ni la vajilla, ni las servilletas, ni las copas, volvian á servir otra vez. En cada comida se estrenaban distinto juego de mantelería y de vajilla. Lo mismo sucedia respecto de los trajes. Los vestidos que se ponía una vez, no volvian á servirle.

En las audiencias que daba, nadie podia, por alta que fuese su jerarquía, entrar en el salon sin quitarse el cal-

zado y ponerse un traje que revelase humildad. Nadie levantaba los ojos del suelo en su presencia; y al entrar en la sala, por noble que fuese, no entraba de frente, sino rodeando un poco por el lado de la puerta y haciendo tres reverencias, acompañadas de las palabras, *señor, mi señor y gran señor* (1).

Cuanto mas examinaban los españoles la grandeza de la corte de Moctezuma y los elementos de riqueza de su poblado imperio, mas comprendian el temerario arrojo de haber penetrado en su capital. Veian, es cierto, la benevolencia del monarca azteca hácia ellos, procurándoles las mayores comodidades y regalos; pero no podian contar con que continuaria favoreciéndoles en lo sucesivo. Habia resistido constantemente á recibirles en la corte; y si por último accedió á la exigencia de Hernan Cortés, no fué por espontánea voluntad, sino por un temor nacido de su superstición religiosa. Debía, por lo mismo, temerse que, viendo la corta fuerza de sus huéspedes y conociendo los grandes medios de que podia disponer para destruirles, cambiase de conducta. Era fácil que, pasados los celos supersticiosos, tratase de borrar su pasada debilidad, con actos dignos de un soberano puesto al frente de una nacion guerrera. La presencia de las tropas tlaxcaltecas dentro de la capital del imperio, podia considerarla como una humillación, y solicitar de Hernan Cortés la salida de ellas. Nada habia que garantizase la duración de la buena armonía hasta entonces establecida entre el jefe español y el emperador de Méjico. Por el

(1) Véase en el primer tomo las págs. 695 y 696.

contrario; la resistencia de Moctezuma á las indicaciones de Cortés respecto al cristianismo, era un elemento del que fácilmente podrian surgir dificultades que diesen por resultado un conflicto. Empezaban á circular entre los soldados alarmantes noticias que inquietaban sus ánimos. Los tlaxcaltecas les habian asegurado que los mejicanos fraguaban un plan semejante al de los choluleses. Aseguraban que les habian amenazado con que muy pronto levantarían los puentes de las calles y de las calzadas para cogerles prisioneros. Añadian que Moctezuma habia consultado con sus oráculos, y que, aconsejado por ellos, se proponia hacer prisioneros á los extranjeros y á sus aliados para sacrificarlos al dios Huitzilopochtli.

Ciertos ó no los rumores, los españoles los escuchaban y temian por instantes que se pusiesen en ejecucion. Una noticia alarmante vino á dar un colorido de certeza á las sospechas que abrigaban respecto de la conducta de Moctezuma. Hernan Cortés, que la sabia desde Cholula, la habia ocultado hasta entonces á sus soldados para que no opusiesen resistencia á la marcha sobre la capital. El jefe español habia dejado en la Villa Rica, como se ha dicho ya, una corta guarnicion, bajo el mando de un distinguido oficial llamado Juan de Escalante. Poco despues de haber partido Cortés, recibió el gobernador que dejó en la nueva ciudad un mensaje de un jefe azteca llamado Quauhpopoca. Era señor de Nauhtlan, ciudad situada á doce leguas de la villa española, en la costa del Seno Mejicano y en los confines del imperio, por aquella parte. Habia recibido orden de Moctezuma de cobrar los tributos á los pueblos totonacos que se habian rebelado desde que con-

taron con el apoyo de Cortés. En esta justa pretension de Moctezuma no habia nada ofensivo para los españoles. Pero el jefe azteca, traslimitándose de las instrucciones recibidas de su soberano, dió antes un paso que debia producir funestas consecuencias. Quauhpopoca envió algunos mensajeros al establecimiento castellano, manifestando un vivo deseo de celebrar una alianza firme con la autoridad española. El gobernador Juan de Escalante recibió á los enviados con verdadera satisfaccion, obsequiándoles cumplidamente. El jefe azteca, por medio de sus mensajeros, solicitó de Escalante el favor de que le enviase cuatro españoles, con objeto de poder defenderse contra algunas tribus vecinas, que sin duda le harian la guerra al saber que habia ofrecido vasallaje al rey de España. El gobernador de la Villa Rica obsequió la solicitud del jefe azteca, y cuando los tuvo en su palacio, mandó asesinarlos. Dos perecieron en el acto mismo; y los otros dos, defendiéndose y luchando, lograron escaparse por los montes, aunque heridos, y volver á Veracruz, donde refirieron lo acontecido.

Quauhpopoca penetró al mismo tiempo por los pueblos totonacos, aliados de los españoles, para reducirlos á la obediencia de Moctezuma, y obligarles á pagar los tributos que se habian negado á dar. Los totonacos se quejaron á Juan de Escalante, suplicándole que se opusiese á la tiranía del jefe mejicano, y ofreciendo auxiliarle con un buen número de tropas. Escalante envió dos mensajeros al gobernador mejicano, amenazándole por los asesinatos cometidos en los españoles, y diciéndole que se abstuviese de hostilizar á los que se habian puesto bajo la proteccion